

SEDE APOSTÓLICA  
SANTO PADRE  
*Benedicto XVI*

## Lectio divina

ASAMBLEA ECLESIAL DE LA DIÓCESIS DE ROMA 2012

# Asamblea eclesial de la Diócesis de Roma 2012

11 de junio de 2012

---

Eminencia, queridos hermanos en el sacerdocio y en el episcopado, queridos hermanos y hermanas:

Para mí es una gran alegría estar aquí, en la Catedral de Roma, con los representantes de mi Diócesis, y agradezco de corazón al Cardenal Vicario sus amables palabras.

Hemos escuchado que las últimas palabras del Señor a sus discípulos en esta tierra fueron: «*Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*» (Mt 28,19). Haced discípulos y bautizad. ¿Por qué a los discípulos no les basta conocer las doctrinas de Jesús, conocer los valores cristianos? ¿Por qué es necesario estar bautizados? Este es el tema de nuestra reflexión, para comprender la realidad, la profundidad del sacramento del Bautismo.

Si leemos atentamente estas palabras del Señor, se abre una primera puerta. La elección de la expresión «*en el nombre del Padre*» en el texto griego es muy importante: el Señor dice “eis” y no “en”, es decir, no “en nombre” de la Trinidad, como nosotros decimos que un viceprefecto habla “en nombre” del prefecto, o un embajador habla “en nombre” del Gobierno. No; dice: “eis to onoma”, o sea, una inmersión en el nombre de la Trinidad, ser insertados en el nombre de la Trinidad, una interpenetración del ser de Dios y de nuestro ser, un ser inmerso en el Dios Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo; como en la misa, cuando el sacerdote dice “In te, Domine, confidimus”.

Una segunda consecuencia de lo que he dicho es que nosotros no nos hacemos cristianos. Llegar a ser cristiano no es algo que deriva de una decisión mía, "yo ahora me hago cristiano". Ciertamente, también mi decisión es necesaria, pero es sobre todo una acción de Dios conmigo: no soy yo quien me hago cristiano; yo soy asumido por Dios, tomado de la mano por Dios, y así, diciendo "sí" a esa acción de Dios, llego a ser cristiano. Llegar a ser cristianos, en cierto sentido, es *pasivo*: yo no me hago cristiano, sino que Dios me hace un hombre suyo, Dios me toma de la mano y realiza mi vida en una nueva dimensión. Análogamente, yo no me doy la vida, sino que la vida me es dada; nací no porque yo me hice hombre, sino porque me fue dado el ser humano. Así, también el ser cristiano me es dado, es un *pasivo* para mí, que se transforma en un *activo* en nuestra vida, en mi vida. Y este hecho del pasivo, de no hacernos cristianos por nosotros mismos, sino de ser hechos cristianos por Dios, implica ya un poco el misterio de la cruz: solo puedo ser cristiano muriendo a mi egoísmo, saliendo de mí mismo.

Un tercer elemento que destaca de inmediato en esta visión es que, naturalmente, al estar inmerso en Dios, estoy unido a los hermanos y a las hermanas, porque todos los demás están en Dios, y si yo soy sacado de mi aislamiento, si estoy inmerso en Dios, estoy inmerso en la comunión con los demás. Ser bautizado nunca es un acto "mío", solitario, sino que siempre es necesariamente un estar unido con todos los demás, un estar en unidad y solidaridad con todo el Cuerpo de Cristo, con toda la comunidad de sus hermanos y hermanas. Este hecho de que el Bautismo me inserte en comunidad rompe mi aislamiento. Debemos tenerlo presente en nuestro ser cristianos.

Y, por último, volvamos a las palabras de Cristo a los saduceos: Dios es el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob (cf. Mt 22,32); por consiguiente, estos no están muertos; si son de Dios, están vivos. Eso quiere decir que con el Bautismo, con la inmersión en el nombre de Dios, también nosotros estamos ya inmersos en la vida inmortal, estamos vivos para siempre. En otras palabras, el Bautismo es la primera etapa de la resurrección; inmersos en Dios, ya estamos inmersos en la vida indestructible, comienza la resurrección. Como Abrahán, Isaac y Jacob están vivos por ser "nombre de Dios", así también nosotros, insertados en el nombre de Dios, estamos vivos en la vida inmortal. El Bautismo es el primer paso de la Resurrección, es entrar en la vida indestructible de Dios.

camino de toda nuestra vida. En realidad, también está detrás la doctrina de los dos caminos, que era fundamental en el primer cristianismo: un camino al que decimos "no" y un camino al que decimos "sí".

Comencemos por la primera parte, las renuncias. Son tres, y tomo para empezar la segunda: «*Renunciáis a todas las seducciones del mal para que no domine en vosotros el pecado?*». ¿Qué son estas seducciones del mal? En la Iglesia antigua, e incluso durante siglos, aquí se decía: «*Renunciáis a la pompa del diablo?*», y hoy sabemos qué se entendía con la expresión "pompa del diablo". La pompa del diablo son sobre todo los grandes espectáculos sangrientos, en los que la crueldad se transforma en diversión, en los que matar hombres se convierte en un espectáculo; la vida y la muerte de un hombre transformadas en espectáculo. Estos espectáculos sangrientos, esta diversión del mal es la "pompa del diablo", donde este se presenta con aparente belleza pero, en realidad, se muestra con toda su crueldad. Pero, más allá de este significado inmediato de la expresión "pompa del diablo", se quería hablar de un tipo de cultura, de un *way of life*, de un estilo de vida, en el que no cuenta la verdad, sino la apariencia; no se busca la verdad, sino el efecto, la sensación; y, bajo el pretexto de la verdad, en realidad se destruyen hombres, se quiere destruir y considerarse solo a uno mismo vencedor. Por lo tanto, esta renuncia era muy real: era la renuncia a un tipo de cultura que es una anticultura, contra Cristo y contra Dios. Se optaba contra una cultura que, en el Evangelio de san Juan, se llama "*kosmos houtos*", 'este mundo'. Con "este mundo", naturalmente, Juan y Jesús no hablan de la creación de Dios, del hombre como tal, sino de una cierta criatura que es dominante y se impone como si fuera *este* el mundo, y como si fuera este el estilo de vida que se impone. Os dejo ahora a cada uno de vosotros reflexionar sobre esta "pompa del diablo", sobre esta cultura a la que decimos "no". Estar bautizados significa sustancialmente emanciparse, liberarse de esta cultura.

También hoy conocemos un tipo de cultura en la que no cuenta la verdad; aunque aparentemente se quiere mostrar toda la verdad, cuentan solo las sensaciones y el espíritu de calumnia y de destrucción. Una cultura que no busca el bien, cuyo moralismo es, en realidad, una máscara para confundir, para crear confusión y destrucción. Ante esta cultura, en la que la mentira se presenta con el disfraz de la verdad y de la información, ante esta cultura que busca solo el bienestar material y niega a Dios, decimos "no". También conocemos bien por muchos Salmos este contraste con una cultura en la cual

símbolo de la muerte, de un "no" que realmente es la muerte de un tipo de vida y la resurrección a otra vida. Volveremos sobre esto.

Luego viene la profesión de fe en tres preguntas: «*¿Creéis en Dios Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra?*; *¿Creéis en Jesucristo?*», y, por último, «*¿Creéis en el Espíritu Santo y en la santa Iglesia?*». Esta fórmula, estas tres partes, se han desarrollado a partir de las palabras del Señor: «*bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*»; estas palabras se han concretado y profundizado: ¿qué quiere decir *Padre*?, ¿qué quiere decir *Hijo* —toda la fe en Cristo, toda la realidad del Dios que se hizo hombre—?, y ¿qué quiere decir creer que hemos sido bautizados en el *Espíritu Santo*, es decir, toda la acción de Dios en la historia, en la Iglesia, en la comunión de los santos? Así, la fórmula positiva del Bautismo también es un diálogo; no es simplemente una fórmula. La profesión de la fe no es solo algo para comprender, algo intelectual, algo para memorizar —ciertamente, también es esto—; toca también el alma, toca también nuestro vivir, sobre todo. Y esto me parece muy importante. No es algo intelectual, una simple fórmula; es un diálogo de Dios con nosotros, una acción de Dios con nosotros, y una respuesta nuestra; es un camino. La verdad de Cristo solo se puede comprender si se ha comprendido su camino. Solo si aceptamos a Cristo como camino comenzamos realmente a estar en el camino de Cristo y podemos también comprender la verdad de Cristo. La verdad que no se vive no se abre; solo la verdad vivida, la verdad aceptada como estilo de vida, como camino, se abre también como verdad en toda su riqueza y profundidad. Así pues, esta fórmula es un camino, es expresión de nuestra conversión, de una acción de Dios. Y nosotros queremos realmente tener también presente en toda nuestra vida que estamos en comunión de camino con Dios, con Cristo. Y así estamos en comunión con la verdad: viviendo la verdad, la verdad se transforma en vida, y viviendo esta vida, encontramos también la verdad.

Pasemos ahora al elemento material: el agua. Es muy importante ver dos significados del agua. Por una parte, el agua hace pensar en el mar, sobre todo en el mar Rojo, en la muerte en el mar Rojo. En el mar se representa la fuerza de la muerte, la necesidad de morir para llegar a una nueva vida. Esto me parece muy importante. El Bautismo no es solo una ceremonia, un ritual introducido hace tiempo; y tampoco es solo un baño, una acción cosmética. Es mucho más que un baño: es muerte y vida, es muerte de una cierta existencia, y renacimiento, resurrección a una nueva vida. Esta es la profundidad

Por eso, el Bautismo como garantía del bien de Dios, como anticipación del sentido, del "sí" de Dios que protege esta vida, justifica también la anticipación de la vida. Por lo tanto, el Bautismo de los niños no va contra la libertad, y es necesario darlo para justificar también el don —de lo contrario discutible— de la vida. Solo la vida que está en las manos de Dios, en las manos de Cristo, inmersa en el nombre del Dios trinitario, es ciertamente un bien que se puede dar sin escrúpulos. Y así, demos gracias a Dios porque nos ha dado este don, que se nos ha dado a sí mismo. Nuestro desafío es vivir este don, vivir realmente, en un camino postbautismal, tanto las renuncias como el "sí", y vivir siempre en el gran "sí" de Dios, y así vivir bien. Gracias.